



# OTRA LECTURA DE *MONTACERDOS*<sup>1</sup>

**Wilfredo Kapsoli Escudero**

wckapsoli@hotmail.com

Universidad Ricardo Palma

## RESUMEN

*Montacerdos* es un cuento sórdido y truculento de Cronwell Jara, quien ha sabido recrear la dramática realidad de pobreza y miseria de Griselda, una madre angustiada y de su hijo Yococo, travieso y juguetón. Ambos personajes interactúan con otros interlocutores y se enfrentan a la violencia policial que los persigue por invadir tierras para levantar sus pequeñas covachas de estera y de desechos. Yococo tiene la particularidad de ser el jinete de un cerdo brioso y veloz llamado Celedunio. La vida cotidiana se desenvuelve dentro de la adversidad del destino que los lleva a convivir con ratas, cucarachas y demás alimañas de las que, en momentos extremos, se alimentan. Esta historia dantesca termina con la trágica muerte de Yococo por la picadura de una araña y de su madre quien no pudo soportar la pérdida de su único ser querido.

**PALABRAS CLAVE:** Cerdo, pobreza, ratas, alimañas, chozas de estera y violencia policial.

## OTHER READING OF *MONTACERDOS*

### ABSTRACT

*Montacerdos* is a sordid and truculent tale of Cronwell Jara, who has been able to recreate the dramatic reality of poverty and misery of Griselda, an anguished mother and a Yococo child, naughty and playful. Both characters interact with other interlocutors and face the police violence that persecutes them by invading land to raise their small covadas of mat and debris. Yococo has the peculiarity of being the rider of a swift and swift pig called Celedunio. Everyday life unfolds within the adversity of destiny that leads them to live with rats, cockroaches and other vermin of those that in extreme moments feed. This dantesque history ends with the tragic death of Yococo by the sting of a spider and of its mother who could not bear the loss of its only loved one.

**KEYWORDS:** Pig, Poverty, Rats, Vermin, Mat huts and Police Violence.

*Recibido: Setiembre 2016 / Aprobado: Noviembre 2016*

1 Jara Jiménez, Cronwell. Lima, Lluvia Editores, 1981. Reeditado por Algarrobo Editores. Otros cuentos y un testimonio del autor: *La fascinación de escribir un cuento*. Lima, 1985.

La siguiente lectura tiene como propósito comentar una producción literaria que se enmarca dentro del realismo mágico y lo grotesco. Sobre Cronwell Jara, Joanne Marie Le Forgere, ha escrito una valoración literaria que creemos ilustra bien la calidad de la escritura y la compulsa entre la realidad y la ficción que realiza el autor. Dada su importancia y desconocimiento de la mayoría de los lectores, lo reproducimos a continuación íntegramente:

Después de algunos años de abandono de la temática de las barriadas, Cronwell Jara la retoma registrando un tipo peculiar de marginalidad social: Yococo, el montacerdos, y si familia son los personajes que encarnan una situación extrema de degradación humana, consecuencia de la saturación del espacio urbano limeño y la pauperización creciente a que está sometida la masa humana de las barriadas. Yococo es el símbolo de la niñez submarginal, en donde las condiciones de vida han llegado a límites insuperables de sordidez e inhumanidad. Cronwell Jara con este cuento inaugura un acercamiento descarnado e intimista de los estratos submarginales de Lima, que espera continuar y desarrollar en una novela que ya tiene anunciada.

*Montacerdos* es un cofre de sorpresas. Un Arte Poética, visión escatológica, el patético testimonio de un Fin del Mundo, que es igual al origen del inicio de otro: el de la fundación de la barriada. Evidencia de una Lima que se turguriza. De un país paupérrimo que se derrumba en mingitorios, donde reina el Medioevo, la miseria, el despojo, la prepotencia; y paralela: anhelos de solidaridad, superación, fraternidad, paz y justicia, así provenga del cielo. Debería ser el libro que todo ser sensible de este país debe tomar en cuenta a la hora del análisis socio económico, político y cultural. Es un compendio de su otra historia, la verídica, la oculta, la no oficial. Aterrador, infernal, conmueve y asquea; impone el reto de gritarse: «¿hasta cuándo tanta podredumbre? Pero, felizmente es también un libro de poesía. Tiene magia, estremece por su ternura, su calor humano y por su latir de vida auténtica. Tal vez sea cierto cuando Cronwell Jara opina que *Montacerdos*: «es un Cuento de Hadas, al lado de nuestra horrorosa realidad». Con este título, *Montacerdos*, se fundamenta una nueva visión, un auténtico creador. Yo diría que el mejor del 80. (Lima, Algarrobo Editores, 1990).

Empecemos nuestra lectura y comentario del texto, cuyo protagonista principal y los personajes que lo secundan, actúan en una barriada de Lima y sus alrededores.

Antes de que *Yococo* (niño-jinete) cabalgara con maestría nunca vista a su cerdo *Celedunio*; antes de que le quebraran los huesos, los caballos de la policía, y antes de fuera considerado como «el inmortal»; la llaga de su cabeza era tan pequeña, que jamás imaginaron que una picadura de araña iba a causar una herida capaz de inundar de podredumbre su pequeño cuerpo. *Yococo* recuerda su pasado inmediato: No sé yo de dónde habíamos venido ni a dónde habíamos llegado. Mamá cargando su ruma de palos y cartones; yo jadeando, apenas, debajo de la ruma de carrizos y costales. Eso era todo.

Traíamos nuestra casa en hombros. En eso la madre le dio un leñazo a Yococo gritando: «Calla, guanacu e mierda, loco, calla», con lo cual, si bien no me dolía la cabeza, me dolía el corazón.

Como si hubieran olfateado al difunto, los perros salieron a ladrarnos. El alboroto de aullidos y rugidos nos cercaron con las fauces hechas un ventarrón de púas y alambres cerrándose y abriéndose, queriendo despedazarnos.

Yococo, con un palo en la mano, enfrentó a los perros y les dio a muerte hasta quebrarles los huesos a dos de ellos. «Ya carajo, ya. Alcemos la quinchita ahora», chillaba colérica la mamá: «aquí nomás, si no los perros nos comen. Nos jalen las tripas».

Yococo empezó a reírse. «Las calles despertaban, bostezaban debajo del fango. Y desde allí aparecieron un montón de hombreritos. Con ojos sobresalidos le rodeaban, le tocaban despacito por ver si eran de verdad, si eran humanos; condolidos, mofándose de él, riéndose con pena, mirándole los harapos y la llaga pestilente que reventaba su cabeza. Le creerían un muerto. Un muerto vivo, un muerto vivo pudriéndose. Un inmortal».

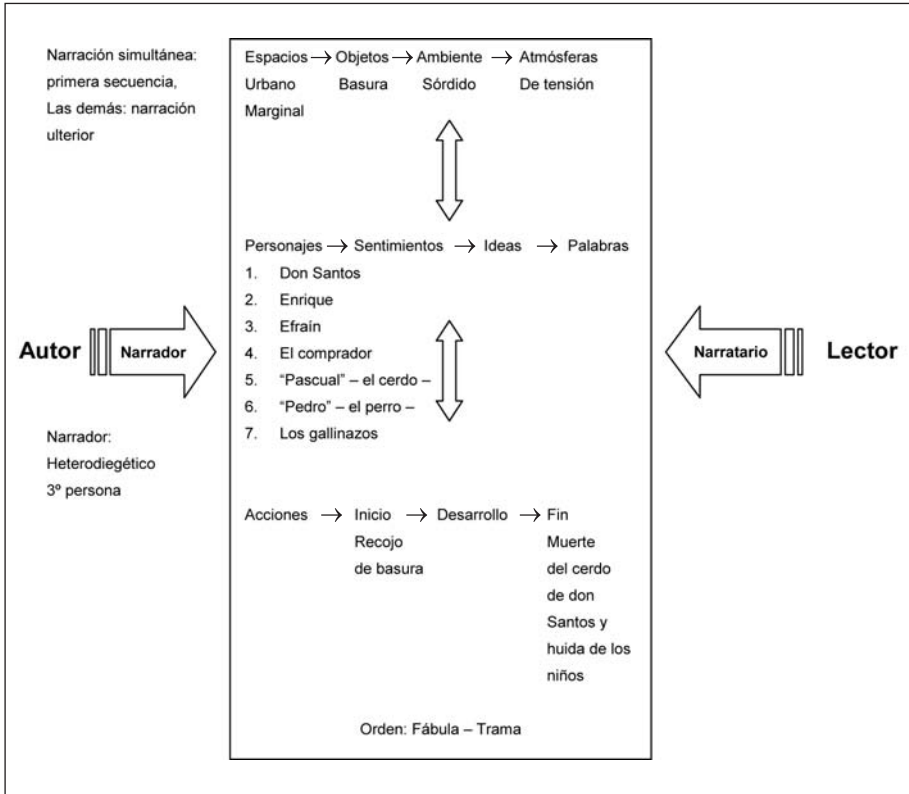
El párrafo que antecede nos parece una recreación del cuento *Gallinazos sin plumas* de Julio Ramón Ribeyro, donde se lee:

Las seis de la mañana, hora celeste y mágica, la ciudad se levantaba de puntillas y comenzaba a dar sus primeros pasos. Las personas que recorrían la ciudad a esa hora, diríase que estaban hechas de otra sustancia, que pertenecían a otra orden de cosas. Las beatas se arrastraban penosamente hasta desaparecer en los pórticos de las iglesias. Los noctámbulos devueltos por la noche regresaban a sus refugios. Los basureros iniciaban por la avenida su paso siniestro. A esta hora se veían también obreros bostezando, policías dormidos contra los árboles, canillitas transidos de frío, sirvientas sacando los cubos de basura. Por último, aparecían los gallinazos sin plumas.

Antonio Gonzales grafica la estructura de su contenido como podemos observar en la siguiente ilustración.

Yococo les mostró una caja y aparecieron seis alacranes vivos y cuatro cucarachas muertas. Pasada la sorpresa, acaso pensarían que Yococo era en verdad bien raro. Le preguntaban: «¿Te duele?» y él contestaba que no y se reía señalando con su dedo de muerto al que le había preguntado. Y lo creían mago, brujo, difunto, feto, demonio; dando saltitos rápidos y cortos. Al que le hizo la pregunta le arranchó una manzana de su boca y la metió en el bolsillo de ratones. Al otro le arrebató su tajada de tomate con azúcar.

Rara familia de muertos. Muertos vivos. Pudriéndose. También familia de magos, brujos, difuntos, fetos, demonios, con pericotes, ratones y alacranes. ¿Eso pensarían? No sé; pero Yococo parecía sentirse dueño del mundo. *Aquí hay que destacar la autoestima y seguridad personal del niño que, a pesar de la pobreza material que lo circunda, él no se amilanaba física ni espiritualmente.*



Silbando la noche, mamá *Griselda* encendió una hoguera y desapareció el mundo alrededor de la candela. *Yococo* había cruzado la alambrada que da a la chacra y había robado unos choclos ya dientones y olorosos. Antes, había matado dos cuyes tal como mamá le había enseñado. Ahora ya sé que a esos cuyes lo llaman también con otro nombre horrible, lleno de cerdas y maloliente. Los chibolos se reían porque yo los llamaba cuyes. «Y no se llaman cuyes», me decían y se tapaban la boca con asco. Bueno, a estos cuyes, esa noche, *Yococo* ya les había quemado las cerdas. Ya les estaba quitando las vísceras cuando a una de ellas se le descolgaron vivitos, mojados y gelatinosos, cuatro críos que desesperaban por querer vivir estando atados entre las tripas de la madre. Mamá *Griselda* los pisó con el talón: «Dios nos pisa a todos. Al cielo iremos». *Esto de «los cuyes» no es sino una alusión disimulada y simbólica a las ratas hambrientas y asquerosas de las cloacas de los basurales.*

Y el alférez, perfil de víbora, volvió a hacer andar su caballo. Los otros los siguieron. Aunque le dijo que él no estaba comisionado para botar a nadie de su choza, que de qué se quejaba si también había sido invasor de tierras alguna vez. El hombre, protestó diciendo que en este barrio nadie había sido invasor. Que el gobierno regaló las tierras. Y el alférez les aconsejó que reclamaran ante la Junta Directiva del barrio.

Luego, empezó a garuar finito. Lindas costureras agujas de agua. Con gusto oía caer cada gota. Luego, al rato, *Yococo* sabía atrapar moscas al vuelo con la boca, su llaga em-

pezaba a crecerle. Sabía montar cerdos entre los fangales y excrementos de la acequia. Los montaba y los hacía correr espantados como pueden correr los burros enloquecidos. El barrio miraba y reía de este haraposito de mataperrada feliz. Desde entonces muchos hombrecitos aprendieron este hermoso juego. No había chiquillo que no quisiera aprender a domar cerdos. ¡Ay de ti si me revientas el cerdo, ay de til, ¡Tiaré chupar mis medias; lamirme los pies!

«*Celedunio*», así llamó *Yococo* al cerdo.

«Matar cerdu enjuermo, hace parir hijo hocicudo y marrano»

«*Celedunio*», el cerdo, triste, mosquiento como el duelo, sacudía orejas y se le acercaba. Y que sería que hicieron tan rara amistad que el cerdo curó la peste. *Celedunio* entonces empezó a enseñarse tanto que «un día más y te almorzamos, *Celedunio*», llegó a asegurar mamá *Griselda*. Y *Yococo* con *Celedunio* desaparecieron desde ahí por varios días. Mamá *Griselda*, arrepentida, los buscó llamándolos y llorándolos día y noche: «¡Yocóoocoo, in, in! Mentira es... in, in», gritando desolada entre los chochales: «¡*Celedunio!* ¡*Celeduuuuuuniiiio*, vuelvan pe, mentira es! In...» hasta que mamá misma los vio venir una tarde. Desde entonces a *Yococo* se le vio montar sólo en el *Celedunio*. Tanto que el cerdo perdió grasa y volvió a ser el mismo cerdo güesudo y de grandes costillas, solo que esta vez recio y brioso.

*Griselda*: «Usted, además, no está registrada, está dando mal ejemplo cívico al vecindario al alzar así su empalizada. Esto no es un zoológico. Tiene que hacernos un oficio, botar ese cerdo, salir de aquí y esperar. Tal vez le encontremos un lote».

Esa misma mañana mamá *Griselda* volvió a traer la olla llena de leche. Era de leche en polvo. Traía también muchos panes. Todo esto, lo supe después, lo daban en el Club de Madres Pobres recién fundado. El gobierno en un camión les traía todas las mañanas cuatro porongos de leche y dos bolsas de pan para repartir a todos los niños pobres. Y mamá iba ahí todas las mañanas de esos primeros días. Logró hacerse conocida y estimada porque lavaba bien los pocillos del Club y porque sabía barrer muy bien todo el local de madres. Entonces nos llegó más leche y guardábamos para el resto del día, allí en unos tarros en tanto que a la olla se la ocupaba en otra cosa especial. Mamá cuidaba que en el Club no supieran que cazábamos ratas.

Feliz *Yococo* el domingo en que sacó su trompeta y sobre el cerdo *Celedunio* se puso a seguir la procesión de la *Virgen de Santa Cecilia*, patrona de los músicos. Ebrios, bamboleándose iban tocando los músicos, detrás de las mil velas de la Virgen. *Yococo* mal tocaba y charrateaba con los ebrios. Mamá iba con un periódico por manto en la cabeza. Los que pieses de los músicos se bamboleaban al compás del trueno de la banda. Al día siguiente, *Yococo* subido entre las altas ramas del pacaé de la acequia, tocaba feliz un huaynito en clarinete. Arriba entre las flores amarillas y los picaflores. Un ancho quepí le cubría las llagas. Decían que un señor gordo estuvo tan bebido que le regaló a un leproso el quepí y el clarinete. El señor gordo resultó siendo un músico de la banda. Es leproso, *Yococo*. Eso oí. Las calles hablaban. Y así vi a *Yococo* entre las altas ramas, encaramado. Tocando jugoso su clarinete, salpicado de picaflores entre las flores que amarilleaban. Tocaba tan bien el

huaynito, tan alegre que la gente decía: «¡Pero se ha vuelto loco, el loco! ¡Mírenlo arriba, encaramado como un pájaro!». Sí, como un pájaro. Nomás le faltaba volar.

Y cuando íbamos por la Pampa de Amancaes (lugar ecológico que en los meses de junio mostraba «el veranillo de San Juan» con el verdor y la alegría de la Flor de Amancaes que aludía también a la Fiesta del Inti Raymi, Fiesta al Sol), no faltaba alguien que le gritara de lejos: ¡Adiós, culito de chupajeringa! Y mi madre le contestaba colérica: ¡Qué tienes nariz de iguana!, y cintura de papaya!». Y el otro, siempre lejos: ¡Adiós, culito de flor de Amancaes!, ¡culito de palito de diente!» Y mamá: «¡Qué tienes nariz de cebolla!, ¡cara de cincuenta centavitos de maní con cancha!». Y agarraba una piedra y lo correteaba. El hombre, viéndola ir, encaramaba el cerro y se perdía riéndose entre los espinos resecos de los negros mojonos de gigante y las lagartijas espantadas.

¡Adióoooss, adióoooss, culito de zoquete!, ¡culito de tallarín!»

Le limpiaba herida por herida con orines tibios de ocho días, del mismo *Yococo*, hervidos antes con hojas de llantén y yerbabuena.

Le hinchaba la cara, la cabeza y se le notaba el esqueleto hasta vérselo más flaco que aguja de arriero. Parecía más difunto. «Que se muere. Que se muere mi gorrioncito».

Íbamos entonces mamá *Griselda* y yo por los basurales confundiéndonos pronto en un bosque de revoltijos pestilentes, en un mar de ratas envenenadas y gatos agusanándose por todo lugar. Y nos poníamos a escarbar compitiendo y peliando con perros vagabundos, gallinazos destartalados y las muchas garras de mendigos hambrientos, en donde gusano, gallinazo, perro y gente, valíamos la misma nada. En donde la vida no valía nada. El calor hediondo del fondo de la basura nos ahogaba, mareándonos con su tufo de pestilencia, taladrándonos el cerebro, haciéndonos ver pesadillas y murciélagos entre las galerías de los pulmones. Y eran murciélagos de peste, que revoloteaban, se hundían por los tuétanos y chillaban desesperados y tristes en nosotros dentro, en ese oscuro donde cae, cae en goterones la pena. Pero seguíamos. *He aquí una terrible descripción de la lucha por la supervivencia donde el niño y la madre se confunden entre las ratas y los basurales.*

Buscábamos fierros y vidrios que juntábamos en cajones y latas para venderlos al señor del triciclo que nos compraba esas cosas. Pero ¡Nos pagaba tan poco!, que no alcanzaba gran cosa para comprar medicamentos para *Yococo*. Mamá *Griselda* volvía a llorar entonces viendo a su hijo más chupado por fiebres y más hinchado por llagas, cabizbajo y muriéndose dé pie: «Que no muera mi niño. Dioooss, salválooooo». Y luego lloraba a gritos, aullando y, la gente oía, la creería también bruja. Yo me asustaba. Y con mucha pena hundía mi cara entre los harapos de su falda y lloraba con ella, bajito, sin que se me escuche. Ella de cólera se ponía a comer tierra. Se bañaba con ceniza la cara. Y lloraba así, arañándose la cara y jalándose con rabia los pelos. Ese domingo bajo un sol de oro fuimos a la iglesia en horas de misa. Mamá nunca pidió limosna. Fuimos los tres a rezar por *Yococo*. Y el cerdo *Celedunio* nos seguía, no quería regresar a casa. En la hora de la hostia los vecinos hacían fila, cruzados de brazos, limpios de piojos y olorosos. Bien peinados abrían la boca y el cura: rubio, mejilla rosada, cara de ángel, les regalaba una

preciosa hojita blanca, casi transparente. Y en los ojos brillantes y tristes de los vecinos, un secreto, la luz de un milagro se cumplía silencioso, en lo hondo, entre lluvias de oro fino, rocíos preciosos y pétalos de flores divinas. Eran actos de contricción y purificación de las almas para recibir la bendición y el milagro divino del pan de cada día. Rezábamos por *Yococo*. Mamá *Griselda* y *Yococo* también hicieron fila y cuando les tocó turno el cura: mejillas rosas, cara de ángel, los miró atontado, no supo qué hacer, y luego hizo como si fueran invisibles. No los vio. O veía a través de mamá y *Yococo*, indiferente, santo. Y jamás les dio la hostia. Mamá avergonzada se llegó a mi lado y se puso una hoja de periódico en la cabeza. También a *Yococo* le puso una hoja y se la envolvió bien, despacito, entre las llagas. «Mi angelito...» Y *Yococo*, cabizbajo. Insufrible. Muriéndose de pie. ¿Insufrible?... La perla que se descolgaba de un ojo de mamá, brillaba, me parecía más que perla.

Mira, abandona tu choza, mujer. Y vente a vivir a mi casa. *Eustaquio*, mi marido, también quiere. Y jala a tus hijos. Ahí siquiera te protegerás del frío. Siquiera no te comerán los zancudos. Ni te incendiarán la pocilga. Ni te picarán los grillos. No te mearán las orejas los perros. No te morderá la garúa de la madrugada. Los borrachos no te tocarán serenata. Ahí en mi casa los curarás mejor. Te cantarán las palomas. Iremos juntas al mercado. Llevarás nomás la bolsa. Las pulgas ya no tragarán de tu sangre. Ni serán tres piojos a la vista de nadie.

Pobre *Yococo*. Lo encontraron un día sobre el pacaé. Parecía ánima en pena. ¿O estaba penando? Lo vieron los hombrecitos, alto, allá arriba entre las flores amarillas y las ramas. *Yococo* trinaba su clarinete como pájaro. Imitaba a los periquitos australianos que son amarillos, pechito azul, creo. Imitaba a los loros que llegaban al pacaé desde los choclales. Imitaba a los ruseñores. A los pájaros chigüisa. A los colibríes aunque canten quedito. Imitaba el chiuchiu del halcón. Pobrecito. Imitaba qué bien el croe croe de la gallina clueca. Y el canto bravo del gallo. El canto del pájaro churretita imitaba cuando los hombrecitos a jebazo limpio le arrearon piedras, una oleada de piedras.

Al lado de las palomas que eran para mí mágicas. Flotaban. Las palomas empezaron a ser mis vecinas. No sé si me querían pero yo sí. Mamá dijo que las palomas un día me iban a llevar arriba a sus otras casas en donde hay otro barrio como éste sobre las nubes. Con la misma gente pero donde todos somos felices. Que era el verdadero hogar. Que allí yo volaría, pequeñita, montando sobre ellas. Y que *Celedunio* también volaría. Y *Yococo* sobre él. ¡Y volar me gustaría! Me hacía la idea. Me hacía llorar sin querer. *Ésta es la autopía de la felicidad en el más allá, de la esperanza de un mundo mejor donde todos seremos iguales practicando una democracia de respeto y de tolerancia mutua.*

Luego lavaban las llagas con agua de ruda, llantén, boldo y las rociaba con polvitos de sulfatiasol, y nada. *Yococo*, sin quejarse, de pie, mudo, como que no sufría. De tanto lavado al fin las heridas, días luego, apiadadas formaron algo de costra y ya no apestaban

tanto, y *Yococo* volvió a ser el del antes. Hasta le empezó a brotar una mata de pelos como cañones de paloma. Y volvió a montar sobre el cerdo *Celedunio* calle arriba y calle abajo.

Quise ser una paloma y no pude. Cerré los ojos para ser una paloma y como no pude, lloré. Me fui a ver cómo eran los polluelos. Son cabezones, pelados y temblorosos; feos como *Yococo*, por eso yo quería mucho a los polluelos de las palomas. Y para que no moleste, vi también, cómo los hombrecitos le metían un rocoto pelado en el trasero del *Celedunio*. Y cómo él huía, para risa de todos, arrastrando el infeliz trasero en el suelo. Volví a cerrar los ojos, y no pude ser paloma.

Ya el cura le agarraba los pelos a *Yococo* cuando inesperadamente el *Celedunio* dio un inesperado brinco y comenzó a correr con la velocidad de una bala, salvándose ambos de puro milagro, en el instante en que el cura tropieza y se va de bruces sobre un charco de patos. Esta fue la mejor carrera que le vi al huesudo cerdo de *Yococo*. Y era que al *Celedunio* por segunda vez se le había hecho probar la picadura del ají... justo antes de ser alcanzado.

*El relato que sigue es la anunciación de la muerte de Yococo, está descrito en un tono triste, trágico y desgarrador, este episodio que culmina con la muerte casi simultánea del niño jinete y de su madre Griselda, es un acápite que puede ser considerado con una representación de la tragedia griega por no decir de la humana en general. Veamos su secuencia literaria que nos lo presenta Cronwell Jara:*

Lo que vomitaba era sangre de muerto. Un muerto vivo. Porque *Yococo* estaba muerto y no podía morir. Era inmortal. Dueño de la muerte. Fue ese mismo día en que mamá dijo para irnos a vivir en la chacra. Pero no pudimos ir. Esa misma noche doña Juana puso en brazos de mamá a *Yococo* agonizando. Mamá Griselda se puso a llorar como niña ante su muñeco de trapo: «¿Qué ha pasado?, ¿cómo ha sido...?» Y lloraba in, in lloraba, besando, acariciando a mi hermano. Llevaron a *Yococo* a nuestro rincón de las palomas. Nos siguieron Lolo y Pablo. *Yococo* se moría, temblaba y sólo decía: «*Celedunio*...» Y babeaba sangre; Lolo y Pablo: «Mentira, mentira. *Yococo* es inmortal. ¿Cómo iba a morir un muerto?» Y Pablo habló: «A los caballos se les saltaba los ojos como naranjas. Y *Yococo* metido entre los perros, subido sobre el *Celedunio*, ladrando como perro. Cuando pasaron los caballos de la policía. Perseguían a don Polo que ha ultrajado no sé a quién. Pasaban los caballos y *Yococo* guau guau sobre el *Celedunio*. Los caballos los patearon y los pisaron. A don Polo lo atraparon de un balazo; y *Yococo* quedó así. Y el *Celedunio*...». Y doña Juana: «Que los caballos siguieron de largo. Que los policías esos brutos borrachos no se dieron cuenta». Y siguió diciendo que esto no iba a quedar así. Que iba a ir a la comisaría de Ciudad y Campo. Que ella tenía un primo que era Coronel de la policía. Que ya verían esos cachacos de porquería.

*Yococo* murió esa misma noche del atropello. Mamá *Griselda* murió a los dos días, vomitando por arriba, abortando por abajo.

Y estoy pensando que si duermo ahora, tal vez sueñe. Y me reúna con mamá y *Yococo* nuevamente. Volando él sobre el *Celedunio*; despertando yo en un nido de palomas.

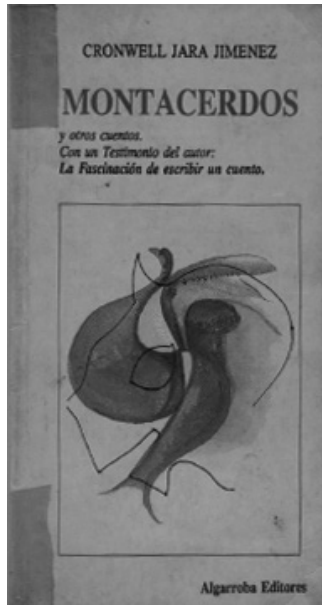


Fin trágico como la muerte del perro, del cerdo y del abuelo desbordados por el hambre y la bestialidad como en el cuento *Gallinazos sin plumas* de Julio Ramón Ribeyro:

«Pascual (el cerdo) había gruñido toda la noche.

- ¡Si se muere de hambre —gritaba el abuelo— será por culpa de ustedes! Desde entonces empezaron unos días angustiosos interminables. Los tres pasaban el día encerrados en el cuarto, silenciosos, sufriendo una especie de reclusión forzosa. Efraín se revolcaba sin tregua, Enrique tosía, Pedro se levantaba y después de hacer un recorrido por el corralón, regresaba con una piedra en la boca que depositaba en manos de sus amos. Don Santos, a medio acostar jugaba con su pierna de palo y les lanzaba miradas feroces. Había optado por callarse, por escupir contra el suelo, por madurar un plan de venganza», que no llegó a cumplir, pues, *murió brutalmente devorado por el cerdo Pascual*.

El cuento *Montacerdos* que acabamos de leer es una recreación de la vida miserable de las familias que abundan en los alrededores de Lima. Los que forman los cinturones de la pobreza a las que José María Arguedas los consideraba como los *Amarus* migrantes del Perú profundo. En ellos se anuda el descontento y el odio que, en ocasiones, pueden generar un desborde popular generalmente anómico. Estos grupos subalternos son pasibles de ser conversos a las sectas evangélicas por los mensajes fundamentalistas que apuestan por la destrucción del mundo actual y el reemplazo por otro nuevo y mejor<sup>2</sup>.



2 Hemos respetado la oralidad que el autor ha incorporado a lo largo del texto, donde se intenta mantener el habla popular con sus respectivos giros y dicciones. Además queremos precisar que nuestros comentarios específicos aparecen en texto en cursivas específicas.

### **ADDENDA: La fascinación de escribir un cuento<sup>3</sup>**

Hacer un cuento es siempre fascinante. Es luchar titánicamente con un universo de elementos. Es elegir y separar situaciones. Dar vida a personajes, a la naturaleza, al cosmos y hasta ¡al propio Dios!, dentro del mundo ficticio del relato. ¿Cómo inicio un relato? ¿Cómo planifico antes de escribirlo? En primer lugar me preparo anímicamente, y trato que la historia que intento organizar se acomode a mi estado de ánimo. Si la historia exige un «tono emocional» que hoy no lo tengo, no escribiré aún el cuento. Luego, cuando mi estado de ánimo pueda hacer frente a la historia o argumento recién me lanzo a definirla y pulirla mentalmente o ayudado por pequeñas fichas o anotaciones escritas en cualquier parte: en un extremo de un libro, al borde de un pedazo de periódico, en una servilleta o en ese trocito de boleto de un micro. Estando ya la historia clara en mi cerebro y en mi corazón, recién voy a la máquina de escribir y tanteo el ingreso de las que serán las primeras líneas importantísimas del cuento. Esto implica definir tres cosas muy serias:

- a. La voz del personaje narrador (si será la de un personaje testigo de la historia sin ser partícipe directo, o si será la de un personaje que sí lo es, si es la de un narrador omnisciente, etc);
- b. La importancia de la primera oración o párrafo que implica ya, ¡ya! Una posibilidad de apertura de intriga (que necesariamente irá extendiéndose hasta comprometer todo el universo interior del relato, definiéndose así la tensión), que llenará de súbito interés al lector, quien poseído por la curiosidad buscará enterarse cómo sigue la historia a partir de esa oración o párrafo fascinante;
- c. El tono emocional: pues, inevitablemente, todo cuento es fiel producto del estado anímico del narrador en el momento que lo escribe; será un tono jocoso y nostálgico; una emoción que implica un aire de desolación y pesadumbre; un tono irónico con una pátima de tristeza; un tono festivo y carnavalesco; un tono épico y heroico, etc. Iniciado entonces el cuento y resuelto con claridad lo antedicho, me preocupo en presentar en seguida a los personajes; los comprometo en una intriga ya iniciada probablemente; describo con la mayor fuerza sus dramas interiores; les doy un espacio y un ambiente (esto es vital para ellos y para los efectos de la verosimilitud) en donde en una o sólo dos líneas aparece la naturaleza o los objetos y seres que rodean al ser humano. Y, abreviando, por último, habiendo presentado las contradicciones de los personajes (ojo que esta contradicción pudiera ser del hombre contra los implacables elementos de la naturaleza), se resuelve la intriga generalmente debido a una cosa: se invierten las situaciones conflictivas de los personajes; varían o se trastocan las fuerzas encontradas; el que iba venciendo pierde; el que iba a morir no muere; el que estaba a punto de matar es muerto; el santo acabó no siendo «santo»; el débil acabó venciendo al prepotente, etc., etc. Por estas «malas artes» doy resultados acaso ya no

3 Texto preparado por Cronwell Jara y publicado en Montacerdos por Algarrobo Editores, 1990.

tan sorprendidos ahora que lo digo. Pero, ¡la cosa es cómo hacer! ¡Y cómo darle vida a todo esto en el momento de escribir el cuento!

**Nota:** Lo dicho representan, a groso modo, mis opciones. Me sirven a mí y no es un «recetario» para nadie. Lo digo porque sé que los recetarios de cómo escribir cuentos, molestan a otros. No pido disculpas por lo tanto. Pero, por favor, si algún amigo tuviera un recetario, se lo ruego que me lo envíe para ampliar el mío.



Cronwell Jara

## Bibliografía

- GONZALES, Antonio (2010). *El arte de narrar y el placer de leer*. Lima: Ed. Universidad de Lima.
- KAPSOLI, Wilfredo (1984). *Literatura e Historia*. Lima, Ed. Lumen.
- JARA, Cronwell (1984). *Montacerdos*. Lima, Lluvia Editores.
- JARA, Cronwell (1990). *Montacerdos*. Lima, Algarrobo Editores.
- RAMÓN RIBEYRO, Julio (1970). Gallinazos sin plumas. En: *La palabra del mudo*. Lima: Milla Batres Editores, Tomo I..